

## LOS PRIMEROS VIAJES ESPACIALES

Miquel Barceló

La ciencia ficción es, se ha dicho, indefinible. Hay demasiados elementos en su temática para restringirla a una definición. Pero a mediados de siglo, antes de los Sputnik o de la llegada del ser humano a la Luna, resultaba evidente una de sus temáticas centrales: eran de ciencia ficción aquellas narraciones en las *"que se habla de viajes interplanetarios"*. Así lo expresaba en 1953 el francés Michael Butor. Y esa caracterización, pese a su parcialidad, sigue siendo válida hoy.

Hay ejemplos ilustres, y recientes, de la afirmación de Butor: la película *Alien* (1979) de Ridley Scott es considerada por todos como de ciencia ficción. Pero su tema no difiere demasiado de una narración gótica de terror en la que un fantasma inaprensible fuera exterminando a los moradores de una casa victoriana. En la película de Scott la casa victoriana se convierte en una nave espacial y el fantasma en un alienígena cual corresponde al siglo transcurrido. Pero todos convenimos en decir que es ciencia ficción.

El viaje espacial, necesario para ambientar la trama interplanetaria de algunas especulaciones propias de la ciencia ficción, está presente incluso en los más remotos orígenes de la anticipación científica. Sin que sea necesario recurrir a ideas del todo fantásticas como las del viaje de Luciano de Samosata, incluso Verne y Wells, los "padres" fundadores de la ciencia ficción, se ocuparon, también con escaso realismo, del viaje interplanetario.

En *"De la Tierra a la Luna"* (1865), Julio Verne imaginó uno de los primeros viajes interplanetarios fruto del uso de la tecnología. Su error fue imaginar la nave como una bala lanzada por un gran cañón, garantizando la conversión en pulpa de los tripulantes sometidos a una aceleración insoportable fruto de un único impulso momentáneo.

Herbert G. Wells fue más prudente e imaginó una sustancia especial, la "cavorita", con un comportamiento antigravitario. Con ella explicó el viaje de sus héroes a la Luna en *"Los primeros hombres en la Luna"* (1901). La sorpresa en este caso es que la idea parece proceder de Alejandro Dumas, famoso autor de las aventuras de D'Artagnan, quien en *"Un viaje a la Luna"* (1857) también usa una materia que es rechazada por la Tierra para elevar su nave.

Pero algunas de las primitivas ideas fantásticas se contemplan hoy con seriedad como métodos posibles de propulsión espacial. Hay que desechar, por su potencia insuficiente, el recurso a la máquina de vapor que Lord Byron postulara en *"Don*

*Juan*" (1819) para llegar a la Luna. Pero otras fuentes de potencia siguen siendo factibles y estudiadas y así ocurre con las energías química, nuclear y eléctrica.

Tal vez lo más sorprendente sea recordar como ya en "*Extraordinarias aventuras de un sabio ruso*" (1889-1896) de los franceses Fora y Grafinia, los héroes viajan a la Luna utilizando la presión de la luz solar sobre una gran pantalla fijada a la nave. La idea, embrión de los veleros solares de la moderna ciencia ficción, ha tenido diversos continuadores desde "*El viento del éter*" (1913) de Krasnogorsku, pasando por "*El viento del Sol*" (1962) de Arthur C. Clarke con su exótica regata de veleros solares, hasta llegar a las naves interestelares de "*La paja en el ojo de Dios*" (1974) de Larry Niven y Jerry Pournelle.